

LA MIRADA DE TERESA A JESÚS

INTRODUCCIÓN

“Vuestra soy, para vos nací”. Esta frase expresa el lema que celebra el V Centenario del nacimiento de Teresa de Jesús. Palabras que concluyen así: ***“¿qué mandáis hacer de mí?”***. La frase define con claridad, quién fue Teresa, a quién perteneció y para quién vivió.

El Centenario lanza el lema con acierto, porque resume en una palabra la vida de esta gran mujer. Teresa nació, vivió y murió para Cristo. La Orden, sus hijos e hijas queremos, con toda la Iglesia, difundir, no solo el patrimonio de la humanidad que son sus obras, sino fundamentalmente el testimonio de su fe profunda, centrada en solo Dios y su Cristo, su fuerza orante, y el don de la vida fraterna en comunidad. Teresa se dejó seducir por Jesús y Él la transformó, haciendo de ella una mujer nueva, capaz de su obra.

Ante la realidad histórica de su tiempo, los conflictos que vivía la sociedad y la Iglesia exclamó: ***“Estáse ardiendo el mundo, quieren tornar a sentenciar a Cristo, como dicen, pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por el suelo. No es, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia”*** (C 1,5).

Teresa es toda de Jesús, y si hoy celebramos su V Centenario, es porque ella es también toda nuestra. Maestra de oración y modelo, al igual que María, de seguimiento de Jesús. Dios suscita personas en la historia que nos son referencia en el tiempo, para alentar la fe de los que peregrinamos en el mundo. Su grandeza de alma traspasa todas las épocas dejando huella histórica.

Creo que las carmelitas somos su gran legado, llamadas a continuar su proyecto, reto y tarea en medio de nuestro mundo y para nuestro mundo. Mujeres que queremos vivir, como nuestra Madre, una vida para el Evangelio desde nuestra realidad orante en la Iglesia, alegres en la fe, creadoras de fraternidad y testimonio de amor. ***Cual ciudad puesta en lo alto de un monte***, iluminar signos de paz y armonía. Alumbrar a las personas necesitadas de orientación, en una sociedad que se aleja de Dios, y es cada vez más violenta. En este clima y entorno nos disponemos a ver la mirada de Teresa a Jesús.

LA CONVERSIÓN

Teresa de Jesús necesitó un largo proceso de conversión interior hasta dejarse seducir por Cristo. La lucha personal que mantuvo consigo misma le quebrantó la salud. Ella entró en el monasterio con toda su baraúnda, sus pasiones, sensualidad, y vanidades, hasta su propia imagen de Dios tendrá que cambiar. Tenía todo un mundo por sanear. Se

hallaba interiormente dividida y dispersa: **“tratar con Dios y con el mundo”, “Tener oración más vivir a mi placer”** (V 13, 6); **“por una parte me llamaba Dios; por otra, yo seguía al mundo”** (V 7, 17); **“Parece quería concertar estos dos contrarios, tan enemigos uno de otro, como es vida espiritual y contentos y gustos y pasatiempos sensuales”** (V 7, 17); débil y falta de fuerzas, las virtudes le flaquean: **“no hay en mí sino caer y levantar”** (V 31, 17).

Vivía con doblez en el monasterio, estaba dividida, se debatía entre la gracia envolvente de Dios y la inconsistencia del barro terreno en el que se hallaba metida. **“Ni yo gozaba de Dios ni traía contento en el mundo. Cuando estaba en los contentos del mundo, en acordarme lo que debía a Dios era con pena; cuando estaba con Dios, las aficiones del mundo me desasosegaban. Ello es una guerra tan penosa, que no sé cómo un mes la pude sufrir, cuánto más tantos años”** (V 8,2). Hecha para andar en verdad, la ambigüedad se la come y la desequilibraba. Se pasaba horas en el locutorio hablando con ricos galanes, eran personas que favorecían la paupérrima economía que sufrían. Y ella, con su simpatía y gracias personales, algo sacaría de aquellas visitas, para favorecer a la comunidad.

Jesús le da muestras de reprobación de aquella conducta, algunas hermanas también le llamaron la atención, pero ella persistía en sus frivolidades. Y así pasó varios años hasta que sintió el hastío de su proceder y quiso cambiar. Escribe: **“Pues ya andaba mi alma cansada y, aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. Acaeciome que, entrando un día en el oratorio, vi una imagen que habían traído allí a guardar, que se había buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de Cristo muy llagado y tan devota que, en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fue tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía, y arrojéme cabe Él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez para no ofenderle”** (V 9,1).

Teresa no es más pecadora que las demás, quizá es más pasional, y se ve a fondo. Conoce su debilidad y propensión al mal si Dios no la sostiene, y en Él hallará el agarradero sanador y salvador. Ella ha experimentado bien que: **“quien anda en el peligro en él perece”** (2M 11). La pasión de Teresa es pasión de enamoramiento. Se debate entre las apetencias sensuales y el desencanto ante lo que el mundo le puede ofrecer. Gime por un amor que la llene plenamente. Tiene ansias de verdad y totalidad, de algo que no se le quiebre, de pasar de la insatisfacción a la plenitud. **“Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte, y no había quien me diese vida, y no la podía yo tomar; y quien me la podía dar tenía razón de no socorrerme, pues tantas veces me había tornado a Sí y yo dejádole”** (V 8,12).

Y Dios la purificó para liberarla de sí misma y hacerla una mujer nueva, a gusto de Dios y contento personal. ***“Ya mi alma despertó el Señor/ y no quiere su Majestad que se torne a cegar”*** (V 40,22). Siente que el Señor le dice estas palabras: ***“Ya no quiero que tengas conversación con hombres, sino con ángeles”*** (V 24,5). Tras la conversión, y comenzando a ser coherente, dirá: ***“La de hasta aquí era mía (es decir, la vida de sus vanidades). La que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí, a lo que me parecía. Porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado, que me libró de mí”*** (V 23,1).

Teresa cambió las relaciones por la **relación**, y desde esta realidad relacional con el **Amigo-Amado**, nos comunicará su vida, oración y trato con Jesús. La liberación que experimentó la sobrepasó. Teresa necesitó confrontar su experiencia, verbalizarla, contarla, escribirla, regalarla. Con ello nos regalará la grandeza de lo que la ha engrandecido: **Cristo**. Tiene la convicción profunda de que la vida solo la llena Jesús, solo es buena si la vivimos desde Él, porque solo Él la llena y satisface.

Jesús será el centro de Teresa, presencia permanente, diálogo continuado, que baña cada página de sus libros y de su vida. Y Teresa sintió la necesidad de escribir porque se sabía poseedora de un tesoro de gracias que la desbordan: ***“No soléis Vos hacer, Señor, semejantes grandezas y mercedes a un alma, sino para que aproveche a muchas”*** (V 18,4). Nosotros somos los aprovechados y enriquecidos por su vida y obra. Teresa es un regalo de Dios para la Iglesia y la humanidad.

ORACIÓN RELACIÓN DE AMISTAD

Queda pues atrás la historia de sus infidelidades y comienza la historia de las gracias que Dios le regalará. Gracias que Dios quiere regalarnos a nosotros también, no lo dudemos. Lo que Dios hace con Teresa, quiere hacerlo con nosotros. Dios quiere entablar relación de amistad amorosa con sus hijos, hambrea que nos estemos con Él. ***“Su Majestad nunca se cansa de dar”*** (C 32,12); ***“el Señor enseña a quien se quiere dar a ser enseñado de él en la oración”*** (C 6,3).

Teresa está ya determinada a emprender vida nueva, **ha puesto la mano al arado y ya no volverá la vista atrás**. Al encontrarse con Jesús, se descansa, y en Él vuelca toda su afectividad, Jesús colmará y calmará sin medida sus afectos y equilibrará sus pasiones, la robustecerá psíquicamente. Ahora le ha llegado el tiempo de dejarle a Dios que obre como Dios en ella. ***“Comencé más a darme a oración y a tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo”*** (V 9,9). El proceso es lento, a la medida de la necesidad. ***“Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo, nuestro bien y Señor, dentro de mí presente, y ésta era mi manera de oración”*** (V 4,7). ***“Ponía toda mi***

confianza en Dios. Procuraba representar a Cristo dentro de mí. Allí era mi acompañarle". (V 9,4).

Teresa se descubre habitada por dentro, experimenta que Dios está realmente dentro, viviéndola, siéndole compañía, reclamando atención, lo dice así: **"Acaecióme a mí una ignorancia al principio, que no sabía que estaba Dios en todas las cosas. Y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible. Dejar de creer que estaba allí no podía, por parecerme casi claro había entendido estar allí su misma presencia. Los que no tenían letras me decían que estaba sólo por gracia. Yo no lo podía creer; porque, como digo, parecíame estar presente, y así andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso Santo Domingo me quitó de esta duda, que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros, que me consoló harto."** (V 18,15).

Teresa adquiere seguridad y entabla relación de amistad con Jesús: **"Pues comenzando a quitar ocasiones y a darme más a la oración, comenzó el Señor a hacerme las mercedes, como quien deseaba, a lo que pareció, que yo las quisiese recibir. Comenzó Su Majestad a darme muy ordinario oración de quietud, y muchas veces de unión, que duraba mucho rato"** (V 23,2). **"Parecíame andar siempre a mi lado Jesucristo, y como no era visión imaginaria, no veía en qué forma; mas estar siempre al lado derecho, sentíalo muy claro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, y que ninguna vez que me recogiese un poco o no estuviese muy divertida podía ignorar que estaba cabe mí"** (V 27,2).

Teresa intuye que Él **"la quiere sola y limpia"** (V 8,9). **"A solas con Él solo"**. Ella aconseja a los orantes: **"Se esté allí con Él, acallado el entendimiento. Si pudiere, ocuparle en que mire que le mira, y le acompañe y hable y pida y se humille y regale con Él"** (V 13,22). ¡Maravilloso decir! Quien nos mira, quiere ser mirado. **"Mire que le mira"**, dicho en palabras de hoy, viene a ser para nosotros: **Mira que te mira**. Es decir, tener la certeza de que somos mirados por Dios y hechos por Él permanentemente, Dios siempre nos está mirando y haciendo, trae cuidado en hermostearnos, en sacar lo mejor de nosotros. Nos recrea.

"No nos imaginemos huecas en lo interior" (C 28,10), Jesús es presencia real en nosotros. El ser humano está poseído por Cristo que le vive dentro. La morada interior, **"el profundo centro"**, es el lugar de Dios, **"siempre queda el alma con su Dios en aquel centro"** (1M 2,4). Afirma Teresa: **"Vive en ella (en el alma) Cristo"** (7M 3,1). Dios se nos da en el interior. Y hacia el interior hemos de fijar la mirada, para descubrirle mirándonos Él, **"mire que le mira"**. Juan de la Cruz lo expresa así: **"el mirar de Dios es amar y hacer mercedes"** (CB 19,6). Quien se siente mirado y regalado amorosamente, está capacitado para mirar amando y ser regalador de bienes. Cuando Dios nos mira, nos infunde bondad.

Teresa se sabe ya mirada por Jesús, y se ha dejado fascinar por Él, para ella es ya una cuestión de fidelidad de esposa: **“Los ojos en vuestro Esposo”** (C 2,1); **“no quiero más de que le miréis”** (C 26,3). **“Oh Señor!, que todo el daño nos viene de no tener puestos los ojos en Vos, que si no mirásemos otra cosa sino al camino, presto llegaríamos; mas damos mil caídas y tropiezos y erramos el camino por no poner los ojos, como digo, en el verdadero camino”**. Y el camino es Jesús mismo. **“Yo soy el camino, la verdad y la vida”** (Jn 14,6). **“Pues nunca, hijas, quita vuestro Esposo los ojos de vosotras; ha os sufrido mil cosas feas y abominaciones contra él y no ha bastado para que os deje de mirar, ¿y es mucho que, quitados los ojos de estas cosas exteriores, le miréis algunas veces a él? Mirad que no está aguardando otra cosa, como dice a la esposa, sino que le miremos; como le quisieréis, le hallaréis. Tiene en tanto que le volvamos a mirar, que no quedará por diligencia suya”** (C 26,3). Jesús quiere ser mirado por nosotros. **“Poned los ojos en vos y miraos interiormente, como queda dicho; hallaréis vuestro Maestro, que no os faltará; antes mientras menos consolación exterior, más regalo os hará”** (C 29,2). **“Los ojos en Él, y no hayan miedo se ponga este Sol de Justicia, ni nos deje caminar de noche para que nos perdamos, si primero no le dejamos a Él”** (V 35,14).

La Humanidad de Cristo es el deleite de la relación de amistad de Teresa con Jesús. Y con estas palabras definirá ella la oración: **“Que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama. Y si vos aún no le amáis (porque, para ser verdadero el amor- y que dure la amistad, hanse de encontrar las condiciones: la del Señor ya se sabe que no puede tener falta, la nuestra es ser viciosa, sensual, ingrata), no podéis acabar con vos de amarle tanto, porque no es de vuestra condición; mas viendo lo mucho que os va en tener su amistad y lo mucho que os ama, pasáis por esta pena de estar mucho con quien es tan diferente de vos”** (V 8,5).

La oración en Teresa no será para quedarse en sí misma, auto-complaciéndose; sino que, unificada, y con el vital dinamismo de su experiencia, la orienta al servicio de la Iglesia desde esta nueva realidad orante. Sin saberlo, Dios va poniendo los cimientos de la nueva empresa, que deberá llevar adelante con la fundación de sus comunidades. Mujeres determinadas: **“a seguir por este camino de oración al que tanto nos amó”** (V 11,1). Para esto nos creó a nosotras, sus monjas: **“Pues razón será, hijas, que procuremos deleitarnos en estas grandezas que tiene nuestro Esposo, y que entendamos con quién estamos casadas, qué vida hemos de tener”** (C 22,7).

PARA LO QUE EL SEÑOR NOS JUNTÓ EN ESTA CASA

¿Qué tales habremos de ser? (C 4,1). Teresa está viviendo en su nuevo convento de S. José, con sus nuevas hermanas. Quiere asentar bien las bases del proyecto comunitario para dar cohesión y estabilidad a la comunidad. Y se hace esta pregunta:

¿Qué tales habremos de ser? Ella ya es maestra de oración, y lo que quiere para el grupo es formar personas orantes, capaces de la vida en Cristo, y de vida fraterna en comunidad: **“Sé que no falta el amor y deseo en mí para ayudar en lo que yo pudiere para que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor.”** (C prl, 3). **“Ahora comenzamos y procuren ir comenzando siempre de bien en mejor”** (F 29,39).

Para que haya auténtica vida cristiana, es necesario que haya buena base humana. Por lo que, Teresa dará mucha importancia a mirar bien quién entra en el convento y qué intenciones lleva. Quiere criterios claros y personas de buen entendimiento. Dice: **“Un buen entendimiento, si se comienza a aficionar al bien, ácese a él con fortaleza, porque ve es lo más acertado; y cuando no aproveche para mucho espíritu, aprovechará para buen consejo y para hartas cosas, sin cansar a nadie”** (C 14,2). Su proyecto de vida trasciende los muros de la clausura y sirve para toda persona que quiera vivir el cristianismo con radicalidad evangélica.

Ella está ya ejercitada en la imitación de Cristo en todas las cosas, y desea que todos entiendan que seguir a Jesús, imitarle a Él, ha de ser todo nuestro intento. Así lo pregonaba para que nadie se pierda esta ganancia de haber hallado **la perla preciosa, el tesoro escondido**. La riqueza de Teresa es Jesús, **“Él es todo nuestro bien”**. Es lo que nos quiere inculcar a todos. **“Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfección es todo nuestro bien; sobre ésta asienta bien la oración; sin este cimiento fuerte, todo el edificio va falso”** (C 5,4). Edificar nuestra vida sobre el cimiento de Cristo significa ser capaces para la coherencia y fidelidad. Ardua tarea que compromete la vida y el ser entero. **“Determinada determinación”** de seguir a Jesús hasta el fin.

Nos dice Teresa: **“Toda mi ansia era, y aún es, que, pues tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, que éstos fuesen buenos, determiné a hacer eso poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo, confiada en la gran bondad de Dios que nunca falta de ayudar a quien por Él se determina a dejarlo todo”** (C 1,2).

Se perfila el programa de vida que ha de llevar la comunidad, fundar todo en la base del Evangelio, y lo primero será: **“amor unas con otras”, “Aquí, todas han de ser amigas, todas se han de amar, todas se han de querer, todas se han de ayudar”** (C 4,7). **“Procuremos ser tales que valgan nuestras oraciones”** (C 3,2). La oración es auténtica si va avalada por las obras y las virtudes. El amor siempre se ejercita en las obras, las exige: **“Quienes de veras aman a Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, todo lo bueno favorecen, todo lo bueno loan, con los buenos se juntan siempre y los favorecen y defienden; no aman sino verdades y cosa que sea digna de amar. ¿Pensáis que es posible, quien muy de veras ama a Dios, amar vanidades? Ni puede, ni riquezas, ni**

cosas del mundo, de deleites, ni honras, ni tiene contiendas, ni envidias; todo porque no pretende otra cosa sino contentar al Amado (C 40,3).

A Jesús le contentamos contentando a los hermanos. Contentar la vida con nuestras actitudes buenas. No cansarnos de hacer el bien para poner felicidad a la existencia. Todavía lo dice más claramente Teresa apelando a las virtudes: ***“no poner vuestro fundamento solo en rezar y contemplar; porque, si no procuráis virtudes, y hay ejercicio de ellas, siempre os quedaréis enanas”*** (7 M 4,9). ***“El aprovechamiento del alma no está en pensar mucho, sino en amar mucho”*** (F 5,2). Ser orante, ser contemplativo, ser místico, dicho en términos teresiano-cristiano, significa tener los pies clavados en el suelo, la mirada fija en Cristo, la actitud pronta para amar y servir. Es decir: ***“Marta y María andan juntas”*** (C 31,5). No disociar estas dos maneras de proceder en la vida, humano-divino junto. ***“Entre los pucheros anda el Señor”*** (F 5,8).

Casa fundada en pobreza. Mujeres sobrias y conformadas con solo lo necesario: ***“quien ha prometido pobreza, que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere”*** (C 33,1); ***“pobres y regaladas no lleva camino”*** (C 11,3). ***“Desasimiento de todo lo criado”*** (C 4,4) como fruto de la libertad interior que nos permite ***“andar con una santa libertad”*** (C 41,4). Ser humildes: ***“¡humildad, humildad! Por esta se deja vencer el Señor a cuanto de Él queremos”*** (4M 2,9); ***“Creo va mucho en acostumbrarse a esta virtud, o en procurar alcanzar del Señor verdadera humildad”*** (C 15,2); ***“miren que la verdadera humildad está mucho en estar muy prontos en contentarse con lo que el Señor quisiere hacer de ellos”*** (C 17,6). Deseo de santidad, disponerse a ser: ***“espirituales y santas”***. ***“Esta presunción querría yo en esta casa, que hace siempre crecer la humildad”*** (C 16,8). La bondad nos ha de venir de mirar y aprender las bondades de Jesús. Él siempre está ***“ganoso de hacer mucho por nosotros”*** (6M 11,1).

Estas actitudes que nos hemos de exigir, son la respuesta a la pregunta formulada, ***¿Qué tales habremos de ser?*** Lo que la Santa quiere es que seamos lo más parecidamente a Jesús: ***“Siempre os informad lo que es más perfecto”*** (C 3,6), para ***“imitar en algo a su Majestad”*** (C 2,7). La mirada contemplativa que Teresa desea que tengamos sus monjas, estando ***“todas ocupadas en oración”*** (C 1,2), no es quedarnos ***“embobadas”*** en nosotras mismas. Sino tener una enérgica capacidad de vigilancia y mirada atenta para captar las necesidades y los sufrimientos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. No podemos permanecer indiferentes ante el drama del sufrimiento humano. ***“Mientras más santas, más conversables con sus hermanas”*** (C 41,7), es decir, solidarias e interesadas por las necesidades y carencias que sufre la gente. No nos podemos desentender, sería faltar a la esencia misma del Evangelio.

Toda comunidad cristiana, familia, parroquia, grupos de pastoral y de oración, deben ser hogares de acogida estables donde se vive la fraternidad. Es menester que todos seamos conscientes de que este proyecto de seguimiento de Jesús, es para vivir

rendidos al Evangelio, que, **“fijos los ojos en Cristo”**, seamos personas para el amor, proyectando la paz, fomentando la justicia social. Ser orantes y currantes sirviendo a los demás, como lo hizo Jesús, hasta lavarnos los pies unos a otros. Vivamos, como dice la Santa **“dispuestos y determinados para todo bien”** (V 9,9). Y hacer todo con alegría, ser y estar alegres en el Señor.

Así nosotras, monjas e hijas de Teresa, esta es la única razón ser: amar, **“esté despierto el amor”**; servir: **“servir a nuestro Señor”**, que siempre será servicio a los hermanos; orar: **“somos llamadas a la oración y contemplación”** (5M 1,2). Hacer de nuestros monasterios un **“rinconcito de Dios, que yo creo lo es, y morada en que su Majestad se deleita”** (V 35,12). Y Teresa nos urge suplicante: **“¡Oh hermanas mías en Cristo!, ayudadme a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí; éste es vuestro llamamiento; éstos han de ser vuestros negocios; éstos han de ser vuestros deseos; aquí vuestras lágrimas; éstas vuestras peticiones”** (C 1,5). Una pastoral orante desde la Iglesia para el mundo.

HERENCIA TERESIANA

Reconocida maestra de oración, es la gran herencia que Teresa nos deja, por su vida y sus escritos. **Acercarnos a ella es aprender a ser orantes**. Lo hemos ido viendo en su propio proceso personal. La oración teresiana o cristiana no es lanzarse a un vacío, sino entrar en nuestro interior para hallar una presencia, la persona de Cristo que nos vive desde dentro. La oración es **“tratar de amistad”**, tutearse con Jesús como con un amigo, familiarizarse con Dios como que es nuestro Padre. Dice Jesús: **“quien me ve a mí ve a mi Padre”**, estar con Jesús es estar con Dios, ellos son uno. Somos los hijos de Dios, orar es estar tratando con la familia, con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Y esta relación de amistad amorosa nos va transformando el ser y el hacer, nos hace criaturas nuevas, embellecidas por el hacer de Dios en nosotros. Teresa afirma que esto es verdad: **“ver que es posible en este destierro comunicarse un tan gran Dios”** (IM 1,3). Comunicarse Dios es hacernos mercedes. Ser orante es querer recibir las gracias que Dios nos quiere regalar, es abrirnos a **“una bondad tan buena y una misericordia tan sin tasa”** (IM 1,3) que nos pone semejanza con Él.

A medida que vamos orando y conociendo más a Jesús, nos vamos conociendo más a nosotros mismos, la oración nos capacita para asumir el conocimiento propio, vernos desnudamente sin temor. Integrar nuestra verdad, ver que tenemos zonas oscuras por esclarecer nos puede producir pavor. Hace falta una buena dosis de humildad para aceptarnos a nosotros mismos y dejar que Dios nos purifique: **“La humildad no inquieta ni desasosiega ni alborota el alma, por grande que sea; sino que viene con regalo”** (C 39,2). Y tener una confiada seguridad de que Dios quiere todo nuestro bien: **“de donde ha de venir la confianza ha de ser de Dios”** (C 41,4). Porque **“todo aprovecha poco si, quitada de todo punto la confianza de nosotros, no la ponemos en Dios”** (V 8,12).

Tratar con Jesús nos da seguridad, y confiar en el toque de su misericordia que nos cura y salva. ***“Pongamos los ojos en Cristo nuestro Bien, y allí aprenderemos la verdadera humildad”*** (IM 2,11). Asumir el proceso transformador supone paciencia, humildad y confianza. Ser saneados requiere tiempo, lleva sufrimiento, y pide perseverancia, no rendirse. Dios nos tiene de su mano, no le dejemos nosotros, no abandonemos la obra comenzada, aprendamos a llevar la cruz. Confiar siempre.

La oración que nos enseña Teresa se arraiga en la Palabra: ***“Siempre yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los Evangelios que libros muy concertados”*** (C 21,4). De ella extraerá las imágenes que le ilustran el camino del seguimiento. Mucho le habría gustado a Teresa disponer de la Biblia en castellano. En este sentido, nosotros somos los aventajados, porque disponemos de medios que ella no tuvo. La Biblia es la brújula que orienta nuestro camino. Navegar y bucear en el anchuroso y profundo océano de la Palabra. Y aprender a ir siempre ***“muy conforme a la Escritura”***; ***“¡Oh Jesús! Y ¡quién supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar a entender esta paz del alma!”*** (7M 3,13). Orar y meditar la Palabra es alimentar la fe y adquirir vida de Dios en nosotros.

LIBRES NOS QUIERE DIOS

Al nuncio apostólico, Felipe Segá, no le gustó la Santa. La definió como: ***“fémina inquieta y andariega, desobediente, rebelde y contumaz, que a título de devoción inventa malas doctrinas, andando fuera de la clausura contra el orden del concilio tridentino y prelados. Enseñando como maestra contra lo que san Pablo enseñó, mandando que las mujeres no enseñaran”***. Nervioso se puso el prelado ante el imparable trasiego fundacional de aquella monja. Y dice ella de él con agudeza: ***“Vino (un nuncio) que parecía le había enviado Dios para ejercitarnos en padecer. Conforme a la información que le hacían de nosotros, enteróse mucho en que era bien no fuesen adelante estos principios. Y así comenzó a ponerlo por obra con grandísimo rigor, condenando a los que le pareció le podían resistir, encarcelándolos, desterrándolos”*** (F 28,3).

A las mujeres la historia nos ha tratado mal. Lo advirtió Teresa que vivió en una sociedad en que la mujer era un ser marginal, relegada a las tareas del hogar y parir hijos, hasta el agotamiento. La Santa siente este dolor y se queja: ***“nos tiene el mundo acorraladas”***; ***“los jueces (del mundo) todos son varones”*** (CE 4,1); ***“no hay virtud de mujer que no tengan por sospecha”***; ***“así como dicen ha de hacer la mujer, para ser bien casada, con su marido, que si está triste se ha de mostrar ella triste, y si está alegre, aunque nunca lo esté, alegre (mirad de qué sujeción os habéis librado, hermanas). Esto con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nosotros: que Él se hace el sujeto, y quiere seáis vos la señora y andar Él a vuestra voluntad”*** (C 26,4).

Ante el panorama adverso a la mujer, Teresa luchó contra las tempestades provocadas por mentes estrechas y razonamientos mezquinos de prelados, curas y frailes que la querían relegar a las labores domésticas y rezos orales. Ante el uso abusivo de poder por parte de los varones eclesiásticos, Teresa, recia como las piedras de Castilla apuesta por la libertad. Y fiada en solo Dios, se empeña en llevar adelante sus fundaciones, hasta producir un legado que será joya espiritual para la posteridad, tanto por sus escritos como por sus monjas y frailes. Ella se siente interiormente liberada y decide obrar con libertad: **“comenzar a ganar libertad y no se le dar más que digan mal que bien”** (C 15,7). Esa libertad la quiere para sus hijas, para que no sufran intromisiones de eclesiásticos indiscretos: **“Que nunca haya vicario que tenga mano de entrar y salir, ni confesor que tenga esta libertad”** (C 5,6). **“No turben estas poquitas que aquí su Majestad ha juntado”** (C 8,3). **“Donde hay Espíritu del Señor, hay libertad”** (2Co 3,17). La libertad es un don de Dios, así lo entiende y quiere Teresa.

De tal manera ve la situación de los tiempos y las necesidades que hay en la Iglesia y la sociedad, que se requiere gente esforzada para aportar aliento y esperanza. Y Teresa enseña a sus hijas a ser autónomas y saberse organizar: **“veo los tiempos de manera que no es razón deseschar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres”** (CE 4,1). Ella es una feminista que se ha adelantado a su tiempo y lucha por sus derechos. Mira a Jesús y vuelca ante Él su dolor a causa del acorralamiento que sufren las mujeres por parte de los varones controladores e impositivos: **“no aborrecisteis, Señor, cuando andabais en el mundo, las mujeres, antes las favorecisteis siempre con mucha piedad”** (C 3,7). Sabe que Jesús no hace diferencias y que Él mira por ellas y las favorece.

Escribe a Gracián, su fraile predilecto y muy amado, y le pone aviso de aquella libertad que ella desea para sus monasterios: **“que no haya estos negros devotos, destruidores de las esposas de Cristo”** (Carta a Gracián). **“Ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren, ni de los peligros que os pintaren”** (C 21,5). **“No son tiempos de creer a todos, sino a los que viereis van conforme a la vida de Cristo”** (C 21,10). Quiere que sus monjas sean valientes y que tengan coraje ante cualquier amenaza frente a su autonomía: **“aunque las mujeres no somos buenas para consejo, alguna vez acertamos”** (Cta al P. Rubeo), y **“Nunca hagáis caso de la opinión del vulgo”** (C 21,10). Apela a una robustez de carácter ante las hostilidades, e ir adelante siempre sin desfallecer: **“Querría dar voces y disputar”** (C 37,2). **“Es muy de mujeres y no querría yo, hijas mías, lo fueseis en nada, ni lo pareciereis, sino varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor les hará tan varoniles que espanten a los hombres”** (C 7,8). Si Teresa fue una revolucionaria, mejorando la raza, también lo han de ser las hijas, que **“de esta casta venimos”** (5M 1,2).

Desgraciadamente, las mujeres en la Iglesia todavía no hemos hallado la acogida ni el reconocimiento que merecemos en igualdad y posibilidad de opciones. Pienso que lo

que las mujeres hemos de vivir, las mujeres lo hemos de decidir. Lo que hay que potenciar es la libertad sin diferencias por ser hombre o mujer: **“No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer; porque todos sois uno en Cristo Jesús”** (Gl 3,28), son palabras de Pablo, aunque él, también dirá que las mujeres se callen en las asambleas (1Cor 14,34). Y Teresa replica con palabras que le dice Jesús: **“Diles que no se sigan por sola una parte de la Escritura, que miren otras, y que si podrán por ventura atarme las manos”** (R 19).

Pienso que, el camino de liberación de la mujer en la Iglesia ya está comenzado a andar, y creo que nadie nos podrá parar. Porque las mujeres fueron fieles al seguimiento de Jesús, estuvieron con Él al pie de la cruz y en el sepulcro. Porque fueron las primeras en verle y anunciarle resucitado. Acogedoras del Espíritu en Pentecostés. Debemos y podemos estar en todo lo demás. Solo la rígida estrechez del sistema eclesial pone el obstáculo. Mas, los cambios empiezan por abajo, no por arriba. Dios está con nosotras y ha oído nuestro gemido también. Es el momento de nuestro éxodo, caminemos, ¡coraje!, Teresa nos acompaña y nos dice: **“andar con una santa libertad”** (C 41,4) que **“libres quiere Dios a sus esposas, asidas a solo Él”** (Cta Hna. Ana de Jesús).

CONCLUSIÓN

Teresa de Jesús, vivió siempre con la mirada puesta en Jesús. Así se quiso llamar, y asida a Él quiso permanecer. Nos dice una última palabra: **“Mirad que importa esto mucho más que yo os sabré encarecer. Poned los ojos en el Crucificado y haráseos todo poco”** (7M 4,8). El Crucificado es el Resucitado. Que la frescura de Cristo Resucitado brille en nuestros ojos como asombro de nuestro encuentro con Él. Traer memoria de Jesús siempre, le llevamos dentro ¡advirtámoslo! Y si le miramos con ojos de fe, le sabremos ver en todo, porque Él está en todo y lo penetra todo.

Seamos comunicadores de la Vida de Dios a los demás. Dilatemos la estrechez al mundo y a la Iglesia. Sea esta nuestra aportación esperanzada para la humanidad, comenzando por nuestro entorno. Así lo hizo Teresa, este es nuestro reto y tarea como creyentes en Jesús. Nuestra felicidad al fin. Imitadores de Jesús que **“pasó haciendo el bien”** (Hch 10,38). Y que también podamos decir con toda verdad, como Teresa de Jesús: **“Vuestra soy para Vos nací”**

Anna Seguí Martí / V Centenario de Santa Teresa / Puçol - 2015